

EL PROPAGADOR DE LA DEVOCIÓN A SAN JOSÉ

Boletín oficial ilustrado de la Asociación Josefina de España
que construye el
Templo expiatorio de la Sagrada Familia

Se publica bajo los auspicios de S. E. I. el Obispo de Barcelona
Y CON LA BENDICIÓN DE SU SANTIDAD

AÑO LVIII - NÚM. 25

1.º DICIEMBRE 1924



Dios os bendiga. — Orad, hijos, porque la oración sube y las gracias descienden. — 3 noviembre 1870.

PIO, PAPA IX

Id a José, a quien constituyó Dios como Padre del Rey y Señor de toda su familia, y el Señor os bendiga. — 18, septiembre 1879.

LEÓN, PAPA XIII

A nuestros amados hijos, propagadores de la devoción a San José, Esposo de la Bienaventurada Virgen María, felicitamos de todo corazón; les deseamos prosperidades en el Señor por el acostumbrado óbolo que nos ofrecen, y les concedemos benignamente la Bendición Apostólica. — 26 junio 1914.

PIO, PAPA X

Hacemos votos por el incremento siempre en aumento del PROPAGADOR y de la Asociación, e invocando sobre los mismos las mejores gracias celestiales concedemos cordialísimamente la Bendición Apostólica. — 18 noviembre 1921.

BENEDICTO, PAPA XV

Cordialísimamente concedemos a todos los suscriptores y cooperadores la Bendición Apostólica; imploramos y anhelamos un acrecentamiento siempre mayor con frutos cada día más abundantes de bien y de gloria para la Santa Iglesia, de modo singular en la principal y verdaderamente grandiosa de la erección del templo a la Sagrada Familia, monumento insuperado del arte y de la fe. — 18 junio 1922.

PIO, PAPA XI

España, 5 ptas. Suscripción Anual : Extranjero, 7 ptas.

Apartado correos n.º 10 - BARCELONA Calle de Fontanella, 13

CORRESPONDENCIA de la Administración

Cartas, con sus giros, recibidas
del 11 al 25 de Noviembre

Suria, J. V. — Longares, F. G. — Vitoria,
F. E. — Utxafaba, F. G. — Avila, A. L. — Zارا
goza, M. P. — Bilbao, I. A. — Leon, D. M. —
Santiago, C. P. — Binéfar, P. T. — Lérida, L.
P. — Madrid, I. L. — Adrahent, F. S. — To
ledo, R. L. — Tuy, J. R. — Llodio, T. G. — Bea
saín, E. G. — Bilbao, U. A. L. — Nava del
Rey, E. G. — Durango, M. C. — Coruña, M.
G. — San Martin de Unx, E. P. — Madrid, M.
R. — Luna, M. A. — Obanos, V. G. — Bilbao,
C. A. — Villarrubia de los Ojos, L. P. — Al
menar de Soria, N. O. — Magallón, B. A. —
Argentina, J. A. — Cádiz, R. S. — Santiago,
J. M. — Ciudadela, P. N. — Reus, D. S. — Va
lencia, G. J. — Madrid, R. F. — Madrid, P. D.
M. — Daimiel, A. T. — Villalba de la Lam
preana, M. R. — Costanilla de Arriba, P. L.
— Villardondiego, J. P. — Tudela, P. S. —
Oñate, M. R. T. — Zaragoza, G. C. — Ochand
iano, P. B.



NECROLOGÍA

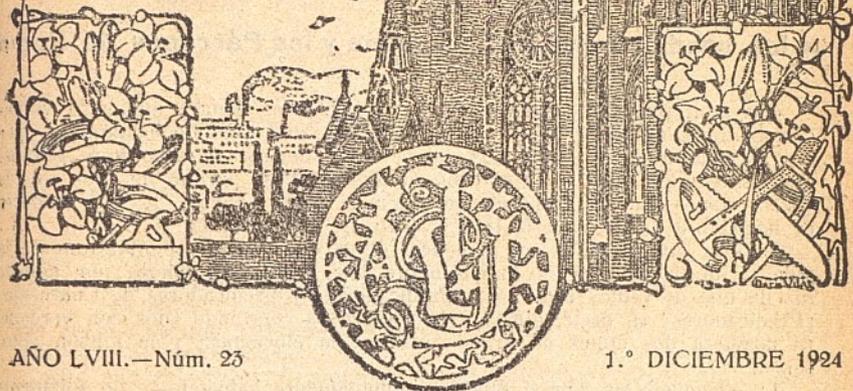
*Asociados de cuyo fallecimiento
hemos tenido noticia*

Roguemos por su eterno descanso

BARCELONA.—Pilar Guitart, Pedro M.
Gomell, Josefa Roldós Vda. de Cabot.
GROCIN.—Francisco Esparza.
GUERENU.—Cornelio Beltran.
SALVATIERRA.—Dionisio Preciado, San
tiago Bustamante.
SAN SEBASTIAN.—Pedro Redondo Ortiz.
VILLATUERTA.—Valentina Alzalte, Aga
pito Ganuza

¿ **Qué será?**
Lea Secreto... a voces,
del texto de este número.
**LE PUEDE SER DE EXTRAORDINARIO
PROVECHO**
Léalo... no lo dude

El Propagador de la devoción a San José



AÑO LVIII.—Núm. 23

1.º DICIEMBRE 1924

SUMARIO

Oración para el mes de diciembre.—Alocución de S. S. el Papa a los predicadores de Cuaresma y los Párrocos de Roma.—La moralidad de la calle.—Plegaria por el nido.—Instrucciones litúrgicas: Ministros sagrados; los Obispos.—¿Secreto... a voces?—La catequista.—Limosnas recaudadas en octubre para la construcción del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia.—Marrón Glacé.—El nido de cigüeñas (continuación).

ORACIÓN PARA EL MES DE DICIEMBRE

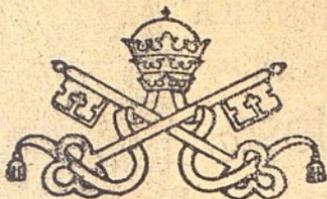


Glorioso Patriarca San José, virginal esposo de María, madre de nuestro Redentor Jesús, os rogamos fervorosamente que, junto con vuestra immaculada Esposa, intercedáis para con el Todopoderoso a fin de que ampare y proteja a la Santa Iglesia Católica y queden rotas las cadenas que oprimen al Soberano Pontífice luciendo pronto esplendoroso el día de la victoria sobre sus enemigos

Os pedimos, en especial, por la moralidad de la calle.

ESTE NÚMERO HA SIDO SOMETIDO A LA PREVIA CENSURA MILITAR

Alocución de



S. S. el Papa

a los predicadores de Cuaresma y los Párrocos de Roma

«He aquí una audiencia que no se parece a las demás, audiencia verdaderamente singular, porque no se trata de una reunión cualquiera, por muy selecta que sea; mas Nos parece estar delante de algo muy grande, muy alto y que está muy cercano al mismo Dios, porque de Dios sois la voz, vosotros que os preparáis para ser de modo solemne los predicadores de la palabra divina en este tiempo santo de la Cuaresma.

Es ésta una reunión, en presencia de la cual viene espontáneamente la palabra de la felicitación precisamente por aquella grandeza, por aquella luz de que os vemos rodeados. ¡Predicadores, y predicadores de Cuaresma! ¡Predicadores! es decir, almas a las cuales ha concedido Dios con verdadera largueza dos dones de grande estima: la elocuencia y la misión apostólica.

La elocuencia es, por sí misma—humanamente hablando—, no solamente la reina del arte del bien decir y de todas las bellas artes, sino también la reina de los corazones, como vosotros lo habéis experimentado muchas veces. Conocéis muy bien la bellísima y para vosotros agradable palabra que definía la elocuencia: «flexanima omnium regina rerum». No es más que la verdad. Es, ciertamente, envidiable la suerte de aquellos hombres, que tienen delante y debajo de sí a las multitudes pendientes de sus labios, que sienten lo que ellos sienten y quieren lo que ellos quieren; muchedumbres que son dominadas por su palabra, por su mirada y por sus gestos de una manera soberana y magnífica.

Mas cuando esta elocuencia se convierte en predicación, entonces llega a las alturas divinas, como divina es la misión, el objeto y el fruto que se propone; podría muy bien decirse que es la sangre de Jesucristo que propaga la redención, la santificación y la perfección de las almas.

Esto es decirlo, queridísimos hijos, con qué afecto os miramos, con qué sentimientos del corazón os acogemos y cuán sincera y bien fundada es la felicitación que os dirigimos. Es verdad que en el fondo de esta palabra de felicitación va incluido, sin intentarlo, sino por la naturaleza misma de las cosas, cierta invitación y llamamiento solemne—de lo cual vosotros no tenéis necesidad—, que recuerda aquella formidable responsabilidad que inseparablemente acompaña a una potestad tan grande y a un mandamiento tan excelso. Este es el caso en que con toda propiedad de puede decir: «A quien más se ha dado, más se le exigirá». A quien se ha dado con más largueza y esplendor este don de la divina palabra, es natural que se le exija más. Pero lo repetimos una vez, no necesitáis vosotros de esta amonestación. Vosotros tenéis más bien derecho a la confianza de Nuestros alegres augurios, con los cuales acompañamos la Bendición que habéis venido a pedir. La Bendición juntamente con la Misión. Verdaderamente este es un momento bellamente solemne y solemnemente bello, que recuerda a los Apóstoles alrededor del Verbo Encarnado, del cual recibían la

misión de llevar a las almas el Verbo redentor y santificador. Esta es la palabra que ahora os dirige El que es, aunque indignamente, el Vicario de Dios: «Euntes, docete».

Sea esta misión la que os conforte, porque viene del mismo Dios. Y no sea solamente vuestro aliento y consuelo, sino también vuestra recompensa cotidiana de vuestras tareas apostólicas; sea vuestro gran consuelo de cada día y de cada hora el trabajar secundando la misión divina. Misión y Bendición que os damos con corazón paternal; descienda esta Bendición no solamente sobre vuestras personas, sino sobre todas y cada una de las personas y de las almas a las cuales llegarán vuestras palabras, a fin de que sean siempre más copiosos aquellos frutos que el divino Redentor espera y manda a vuestros corazones.

Mas Nos parecería perder una ocasión preciosa, si no os recomendásemos al menos algunos de los deseos que excitán en Nuestro corazón vuestra presencia y vuestros próximos trabajos. ¡Cuántas amonestaciones paternales se agolpan a Nuestra mente! Mas queremos ser discretos escogiendo solamente dos que contienen en sí mismas otras muchas. Tienen ellas una general y perpetua importancia, pero que se aplican de un modo especial a nuestros días.

Todos vosotros conocéis muy bien, la Obra de la Preservación de la Fe, esta grande bendición que la bondad de Dios reserva a esta Nuestra ciudad, precisamente cuando la revolución de nuestros tiempos conducía a la vez que a otras tristes consecuencias, a esta tristísima, cual es la propaganda protestante, la cual procura tantas asechanzas y peligros a nuestros fieles y causa tantas víctimas en sus almas. Damos gracias a Dios porque con la obra de la Preservación de la Fe se ha conseguido tanto bien, aunque no todo lo que naturalmente hubiera deseado Nuestro corazón, afligido a la vista de tantos males.

Este año se celebra el vigésimo quinto aniversario de la fundación de esta Obra, el primer jubileo; ved, pues, en esto la razón genérica y específica de la primera recomendación. No queremos deslustrar el asunto, añadiendo más palabras; basta haberos puesto a la vista tal argumento, para que vosotros hagáis de él objeto particular de vuestra predicación, como de ello estamos ciertos.

Fácilmente encontraréis ocasión oportuna para tratar de este argumento, y quiera Dios que la podáis encontrar más solemne para tratar de propósito de este asunto, para lograr más adhesiones a una Obra que merece la colaboración de todos los buenos, la oración, la cual es siempre el más grande, el más eficaz e importante auxilio para confortarnos, porque en las cosas divinas es la ayuda divina la que soberánamente triunfa, ayuda que expresamente ha sido prometida a la oración.

Otro argumento que los tiempos hacen, por decirlo así, de más palpitante actualidad, aunque de suyo sea siempre de grande importancia como la preservación, la propagación y la iluminación de la fe, argumento que recomendamos de un modo especial a los párrocos de Roma, porque en ellos y en su trabajo está puesta Nuestra esperanza, es el asunto de las Vocaciones sacerdotales.

Los tiempos que aún se resienten de la tempestad desencadenada con la guerra mundial, hacen más importante esta obra, de suyo grande por su especial naturaleza. Tampoco en este asunto queremos decir muchas palabras a un auditorio tan inteligente, a almas que gozan la experiencia personal de esta grande, inestimable e incomparable gracia de la vocación sacerdotal. Vosotros encontraréis el momento y el lugar oportunos para hablar de este asunto tan importante, y vuestra palabra inspirada hará sentir a los seglares, a los cuales va principalmente dirigida, a las familias, a los padres, a las madres cuán grande bendición sea una sola vocación sacerdotal, cualquiera que sea esta vocación sembrada a distancia en medio de una generación.

Vuestra palabra podrá despertar este santo deseo de un bien más alto, y hacer que algún alma sea consciente de una vocación menos advertida y menos escuchada; y será un fruto precioso de inmensa importancia, si en alguna de éstas almas vuestra palabra indicare el camino de la luz y del altar.

¿Quién puede medir el bien que un santo sacerdote produce por feliz necesidad? Esta es la felicidad de vuestra obra y de vuestra misión. ¿Quién puede decir hasta dónde llega la eficacia y el beneficio de vuestra palabra, semejante a la luz? ¿Quién puede contar las almas que directa o indirectamente verán su esplendor? Es un surco que vosotros abris y que otros tal vez continuarán.

Cuando bajéis del púlpito, se apagará el sonido de vuestra palabra; mas el buen efecto durará mucho tiempo; como en aquellos grandes días, que son la hermosura de Roma, en que el sol ha desaparecido ya del horizonte, mientras el cielo continúa inundado de esplendor y raudales de luz continúan disputando el campo a las tinieblas de la noche.

Con estos sentimientos, con esta esperanza y particular confianza os acompañamos en vuestra obra. A vosotros y a las almas que serán el objeto de vuestros trabajos apostólicos os damos la Bendición Apostólica como Vicario de Aquel que dijo: «Euntes, docete...»

La moralidad de la calle

La calle, ¿de quién es? Los transeuntes de una calle, ¿son una piara de cerdos o personas decentes? Los niños y niñas, las jovencitas y los jóvenes ¿van por la calle jugando a la gallina ciega, vendados los ojos? o bien ¿deben llevarlos abiertos para no ser atropellados ni atropellar?

¡Felices los villorrios sin kioscos, ni anuncios; sin monumentos ni tapadas! ¡Ay de la ciudad! Sus calles son unas magnas vitrinas que guarnece el mismísimo diablo...

Porque esta es la gran monstruosidad. La calle, que nunca debe ultrajar a una persona decente, que nunca debe empañar la cándida alma virginal es una tentación constante, es una ininterrumpida invitación al pecado, especialmente al pecado impuro.

En consecuencia no debíamos permitir que estuvieran las ciudades llenas de antros que son la muerte del alma de quienes los frecuentan. Pero el Estado los permite. Y ¿cómo se aprovechan tales antesalas de inferno de la autorización del Estado! ¿Cómo se aprovechan, a veces, no sólo de la autorización sino de la protección de lo que, ¡oh escarnio! se llama autoridad! En lugar de taparse la cara y esconder sus inmundicias las exhiben en su puerta y llenan de anuncios, procaces en su mismo texto, las paredes de la ciudad, aun las mismas que enfrentan las iglesias.

Furor, verdadero furor, despierta hoy el anunciar. Las bellas artes y las artes gráficas se han sumado para producir carteles artísticos. Y los hay que son honor del arte y de las artes gráficas. Pero, su inmensa mayoría, qué esperpentos, qué atentados al arte... y a la decencia. Desnudos y más desnudos; posiciones y composiciones. El cerebro se ha refocilado buscando qué impresionaría, qué cautivaría más al pobre paseante, ciudadano o forastero...

Hay unos mojonés especiales donde las cloacas de la sensualidad ofrecen sus exquisiteces más variadas: el kiosco. Allí, con todas las páginas

abiertas a los ojos de pequeños y grandes está la revista pornográfica; y el folleto pornográfico; y la postal pornográfica; y el álbum pornográfico, y el libro pornográfico... Por cinco céntimos, por diez, por un real, el alma más inocente puede aprender un curso del perfecto canalla, si no es que se contenta con gustarlo gratis recorriendo morosamente todos aquellos papeles que ponen roja la cara de las personas decentes...

Se respeta que el verdadero arte cultive el desnudo. Constantemente, lo sabemos, se repite que en el Vaticano no se han violentado las libertades del arte. Nosotros mismos hemos visitado sus museos. Bien está. Que lo respeten igual las ciudades. Y distinguan las piezas que deben ir a un Museo de aquellas que llenan los monumentos, cuyas desnudeces convidan la mirada de los transeuntes, muchas veces, sin atisbo alguno que mire al arte. ¡Cuántas veces adornan los jardines a cuyos pies juegan los niños y charlan sus acompañantas con soldados y compañeros!...

Ciertas leyes de policía autorizan en nuestro país a que desde determinadas horas circulen pobres desgraciadas cuya vida, y también cuya muerte, es el pecado. ¡Qué elasticidad se da a eso! Porque es a todas horas que uno tiene que codearse con tales desdichadas por esas calles que deben ser de las personas decentes... No es sólo, empero, el escándalo en lo de baja esfera que también, y quizás con mayor procaacidad, las personas decentes reciben en pleno rostro el barro que escupen los coches y los automóviles que pasean con todo rumbo la tentación que ofrece el vicio triunfante a la virtud austera...

Hay un grito, triste es decirlo, que no lo arrancan quienes han perdido el honor. Más que grito, clamor. Clamor intensísimo, por desgracia; y por desgracia, completamente estéril. ¡La moda! Las personas que se tienen por decentes, que en todas sus demás cosas, son decentes, y aun verdaderamente piadosas, se rinden ante la moda. Tanto si las desnuda, como si las moldea; tanto si conduce como no a exhibiciones que el recato antaño defendía, a pesar de sus sentimientos rinde absoluto vasallaje a la moda. Y se da el contrasentido de que la misma madre que siente el corazón oprimido y acongojado por los primeros embates que la pasión despierta en sus hijos de catorce, de diez y seis años, ella misma es tentación fortísima, es seducción escandalosa para los jovencitos de catorce, de veinte años que no siendo hijos suyos no las ven a través de la toga de la maternidad...

Pero cuando pensamos en esas calles con sus cines, y teatros, y teatruchos; con sus the-tangos y sus reservados; sus kioscos y sus carteles; el pensamiento que sobrenada por sobre de todas nuestras otras torturas juzgando de sus efectos entre la gente moza y mayor, es el pensar en los niños. Porque la calle también es de los niños y de las niñas. De esas almas candidas, de esas almas vírgenes, de esas almas puras, abiertas a todas las sensaciones que van formándolas... Cristo tenía sus delicias estando entre los niños; no quería que los apartasen de El; maldice al que escandalizare a uno solo de sus pequeñuelos...

Pobres pequeñuelos, que unos son los chicos de la calle y otros los niños cuyos pasos guían manos paternas... ¿Os ha acontecido alguna vez, que dando la mano a un niño os hayáis acercado a un kiosco, a una cartelera de cine? Apenas os habéis parado, aquella voccecita os ha dicho: ¿qué es esto? Y vosotros, temblándoos el alma, os habéis alejado rápidamente porque aquellos ojos, aquel dedito os señalaba cosas muy difíciles de explicar... Pues este ¿qué? mudo, es una cinta que constantemente se impresiona dentro del alma del niño que pasa por la calle.

La calle debe ser para las personas decentes. Debe serlo, decididamente. Si no lo es, debemos reclamarlo. Pero la autoridad que lo es precisamente para que ordene todos los elementos de la sociedad, si es consciente de su misión debe anticiparse a cualquier propaganda, campaña o reclamación. Lo mismo si es el Ayuntamiento que la suprema autoridad quien cuide de la policía de la calle debe disponer que ni un solo motivo obligue a una virgen

a bajar ruborosa sus ojos, ni una sola bocanada del mal empañe la blanca alma de la niñez. Que la autoridad que cuida de que una corteza no haga resbalar a un ciudadano cuide más aún de que la seducción no mate un alma.

Valiosísimo amparo hemos de encontrar en nuestro glorioso patriarca. Pelegrinó él, guiando a Jesús y María, por tierras de escándalo. A la presencia de la Familia Sagrada se desplomaron y cayeron ídolos y templos. Acudamos a su valimiento para que inspire aquellas disposiciones que faltan; que se cumplan las olvidadas y que se convierta esa cloaca que son las calles de una ciudad en un camino que puede recorrer sin peligro el alma más timorata.

Plegaria por el nido

¡Dulce Señor, por un hermano pido,
 indefenso y hermoso: ¡por el nido!
 Florece en su plumilla el trino;
 ensaya en su almohadita el vuelo.
 ¡Y el canto dices que es divino
 y el ala es cosa de los cielos!

Dulce tu brisa sea al mecerlo,
 dulce tu luna al platearlo,
 fuerte tu rama al sostenerlo,
 bello el rocío al enjoyarlo.

De su conchita delicada
 tejida con hilacha rubia,
 desvía el vidrio de la helada
 y las guedejas de la lluvia;

desvía el viento de ala brusca
 que lo dispersa a su caricia,
 y la mirada que lo busca,
 toda encendida de codicia...

Tú, que me afeas los martirios
 dados a tus criaturas finas
 (al copo leve de los lirios
 y a las pequeñas clavelinas),

guarda su forma con cariño
 y pálpalo con emoción.
 Tirita al viento como un niño;
 ¡es parecido a un corazón!

GABRIELA MISTRAL.

(Del hermoso libro *Ternuras.*)



INSTRUCCIONES LITÚRGICAS

Ministros sagrados - Los Obispos

LA MITRA. — Sobre la antigüedad de la mitra se ha escrito mucho desde el siglo xvii hasta nuestros días. Unos quieren que sea de origen apostólico; otros, que date del siglo viii o ix. Según Duchesne, antes del siglo xi no se habla de la mitra, ni puede decirse que fuera, como lo es hoy, una insignia episcopal propiamente dicha. Puede admitirse que primitivamente tuvo la forma de venda o de corona, de la cual se servía el obispo para cubrir la cabeza.

En la Edad Media, el Papa concedía la mitra como un privilegio extraordinario; pero era más bien un modo de protestar contra los abusos del Emperador, que se abrogaba el derecho de dar la investidura a los obispos, por medio del báculo y del anillo. Hemos de creer también que los obispos, desde los primeros siglos, cubrían su cabeza con algún ornamento. Hacia mediados del siglo xii, la mitra fué de uso general para los obispos, y era su ornamento particular, como los guantes y el calzado pontificales.

En la mitra pueden considerarse dos elementos: la mitra como cofia, y las dos pequeñas bandas que penden por detrás, reminiscencia de la diadema que rodeaba la frente y venía significado originariamente con el nombre de mitra.

La evolución de la forma de la mitra hasta su forma actual, ofrece varias cosas interesantes. En un principio tenía la forma de birrete cónico acabado en punta, con una guarnición circular. En el siglo xi pierde la forma cónica, tomando la forma redondeada, que pronto presentó una hondura en el medio, lo cual dió lugar a que aparecieran dos prominencias laterales, que le dieron el nombre de mitra cornuda. Estas dos prominencias desaparecieron de los lados para aparecer delante y detrás, dándose la forma de hoy.

La mitra, en forma de bonete, era sujeta a la cabeza con un cordón, cuyos extremos pendían por detrás, sobre la espalda. Estas pequeñas bandas dejaron de ser de distinta estofa, y fueron representadas por el galón circular de la mitra y por los dos apéndices que caen sobre la espalda.

El simbolismo de la mitra está tomado de su forma definitiva: de una parte, se refiere a la banda que ceñía la frente de los sacerdotes de las religiones antiguas; de otra, la Iglesia llamó a la mitra casco de defensa, por el cual el obispo se hace temible contra los adversarios de la verdad. Las dos prominencias o cuernos del bonete primitivo, son el recuerdo de los dos rayos luminosos que volvían resplandeciente la frente de Moisés y la tiara colocada sobre la cabeza de Aarón, a la vez que son el símbolo de la fuerza y de la luz de los dos Testamentos.

LOS GUANTES. — Son la última de las insignias episcopales que se entregan al obispo el día de su consagración. Los guantes pontificales son de seda; una cruz adorna el dorso de la mano; sólo se usan en la Misa pontifical y

no en las otras funciones, y aun en la Misa se usan hasta el *Lavabo* y al terminar la Misa.

En cuanto a su historia, dice Braun que los guantes litúrgicos no existían en tiempo de Amalario, esto es, en el primer cuarto del siglo ix. Por otra parte, está fuera de duda que estaban en uso a principios del siglo x. No hay necesidad de decir, advierte Braun, que los guantes litúrgicos derivan de los profanos. En cuanto a la ocasión que los introdujo, hay diversidad de opiniones. Unos creen que fué para proteger del frío las manos del obispo; otros, que fué para preservar el bastón pastoral del mal efecto del sudor de las manos. Estas opiniones están faltadas de verosimilitud, por cuanto los guantes eran usados, aun en verano, al principio de la Misa, y el obispo los llevaba también, aun cuando no tuviera en la mano el bastón pastoral. La opinión más probable es que se usaron los guantes para preservar las manos del obispo, hasta el ofertorio, de cualquier suciedad. En favor de esta opinión puede aducirse que, según la más antigua explicación simbólica, los guantes figuran la pureza. Con todo, lo más probable es que el motivo principal de introducir los guantes litúrgicos, se debe al intento de revestir con un ornamento conveniente las manos del obispo.

Prescindiendo de si los guantes litúrgicos tuvieron originariamente un carácter honorífico, reconocida, no obstante, su natural función protectora, o de si fueron introducidos por su simbolismo, fuerza es atenerse exclusivamente al simbolismo que les da el Pontifical. Dios creó al hombre (dice la fórmula de bendición de los guantes), a su imagen; dió a sus manos, como órgano inteligente, el discernimiento del bien obrar; han de ser puras, si queremos llevar nuestra alma en nuestras manos y servirnos de ellas para ofrecer los divinos Misterios. Por esto, en la oración se ruega a Dios se digne bendecir y santificar dicha cobertura de las manos, y conceder la pureza de corazón y de acción a los ministros que las tienen cubiertas con humildad.

Así como Jacob, para presentar a su padre un alimento que le fuera grato al paladar, cubrió sus manos con la piel del cordero, y obtuvo así su bendición, así también el nuevo obispo cubre las suyas con la pureza del hombre nuevo, esto es, con la humanidad adorable de Jesucristo, para poder ofrecer a Dios la hostia saludable y obtener las bendiciones de nuestro Padre, que está en los Cielos.

Las insignias episcopales (el báculo, el anillo, la mitra y los guantes), atendidas las fórmulas de bendición y de entrega, son para el obispo como la colación de su obrar espiritual: con el báculo, regirá y guiará a su rebaño; por su anillo, conservará la fidelidad a la Iglesia y merecerá avanzar por los caminos de la vida eterna; por la mitra, será el terrible adversario contra los enemigos de la verdad salvadora, será el contradictor de los mismos y, a la vez, cual otro Moisés, iluminará a su pueblo con la refulgencia de su rostro; con sus manos puras, ofrecerá a Dios la hostia santa, pura e inmaculada, para conseguir las bendiciones del Cielo.

* * *

LA ENTRONIZACIÓN.—La entronización es la última ceremonia de la consagración episcopal. Propiamente comienza cuando se impone la mitra y los guantes al elegido; no obstante, hablamos de ella en último lugar, para no separar de las otras estas dos insignias episcopales y, además, porque su total realización tiene lugar al fin de la ceremonia.

Por la entronización, el nuevo obispo toma posesión de su diócesis; el obispo consagrante y el primero de los Asistentes toman por la mano, derecha e izquierda, respectivamente, al nuevo obispo, y le acompañan al trono y le asientan en él. El consagrante le entrega el báculo, y el nuevo obispo, entonado el *Te Deum*, acompañado de los obispos Asistentes, recorre el templo y bendice a los fieles.

De vuelta al altar y el elegido a su trono, el consagrante canta los ver-

sículos alusivos al acto: *Que vuestra mano sea firme y sea exaltada; que la justicia y el recto juicio sostenga vuestro trono*, y una bella oración, en la cual ruega a Dios, *rector y pastor de todos los fieles, que mire benigno a su siervo, elevado por su divina voluntad al Episcopado, para que sea útil, con su palabra y ejemplo, al pueblo que le ha sido confiado, y con él llegue a la vida eterna*. El nuevo obispo da la bendición al pueblo, después de la cual se arrodilla y canta por tres veces: *Ad multos annos*.

* * *

A más de estas importantes ceremonias que hemos brevemente explicado, hay otras que merecen ser recordadas, y que con pocas palabras vamos a mencionar. Antes del ofertorio, el obispo hace entrega del libro de los Evangelios al elegido, libro que éste llevó sobre las espaldas desde que se cantaron las Letanías. La fórmula de entrega es ésta: *Toma el Evangelio y vepredicalo a tu pueblo*; por lo cual el obispo queda constituido ministro de la palabra en el ejercicio del poder del magisterio. Es ésta, además, una ceremonia de remota antigüedad.

Recordamos también el *osculum pacis*, el beso de paz, que el consagrante y los Asistentes dan al nuevo obispo, quien al ofertorio ofrece al consagrante dos cirios, dos panes y dos pequeños barriles de vino; recuerdo muy antiguo, dice Dom Cabrol, del rito de la ofrenda que en otro tiempo hacían todos los asistentes al santo sacrificio, y ejemplo precioso de que las misas de ordenación han conservado numerosos vestigios de la liturgia primitiva.

M. A. B.

¿SECRETO... A VOCES?

Sí, aún es secreto... pero nos place dar ya unas voces a nuestros queridos josefinos.

Tenemos en estudio un agradabilísimo proyecto, un importantísimo proyecto que premie la cooperación de cuantos nos mandan nuevas suscripciones.

¿Qué será? Si supieras, lector, las ganas que tenemos de decirlo. Pero, aun el proyecto no está suficientemente maduro.

Estamos en vísperas del Año Santo. Sus indulgencias y gracias se ganan en Roma. Allí está el Papa, nuestro gran amor...

¿Vas entendiendo, lector?

Lo que podemos ya decirte es que cuantos nos han mandado ya nuevas suscripciones para 1925 han quedado anotados en lista. Que en la lista se anotarán también los que vayan mandándolas en lo sucesivo y que sus trabajos no dejarán de serles premiado.

¿Cómo? He aquí el secreto de que aun no podemos dar... sino sólo estas voces. Confiamos poderlas dar de sumo contento al acabar nuestras conversaciones con los Comités del Año Santo, con la Agencia oficial Italiana de Turismo, con la casa Cook de viajes.

Y punto en boca, que quizás hemos dicho demasiado.

Pero... lo deseamos tanto...

Mientras, vengan nuevas suscripciones. Cuantas más, mayores probabilidades...

LA CATEQUISTA

En el asunto de las niñas desaparecidas, los periódicos malos han enfilado sus injurias contra una señorita, Morales, a quien no tenemos el gusto de conocer; pero de la cual los periódicos malos saben que es catequista, como ellos dicen.

De seguro que el tiempo dirá las verdades; porque para verdades el tiempo... Mas, entre tanto, conviene reflexionar un poco sobre lo que está pasando. No porque pasa nada que no haya pasado cien veces, sino por darnos el gusto de ver cómo nos persiguen con marcada hostilidad los malos, y a pesar de ello, no pueden con nosotros.

Vemos muy frecuentemente, que personas verdaderamente criminales son encarceladas; pero muchas veces salen de la cárcel con fianza. Ahora a esta señorita se la ha encarcelado dos veces nada menos, sin admitir fianza. De manera que ha caído sobre esa señorita, a quien todos los antecedentes justificaban, todo el peso del artículo 503. Y no se le ha atribuido ninguna excusa del artículo 504 de la ley de Enjuiciamiento criminal. Cómo se reirán tantos criminales y malvados, como han logrado facilísimamente tantas veces la libertad provisional bajo fianza. Y ¡luego dicen que no habrá otro juicio de Dios!... ¡Esto nos consuela a los católicos, y consolará seguramente a la señorita... Catequista!

¡Catequista! ¡qué crimen tan horrendo!... ¿no es verdad?... Enseñar a los niños a obedecer a sus padres! enseñar a los jóvenes a no ser deshonestos!... enseñar a todos a no robar!... a no matar, ni molestar; a no calumniar, a no ser infames, ni canallas, ni mentirosos, ni sacrilegos!... a adorar a Dios!... a rezar!... a confesarse, oír misa y comulgar!... ¡Qué barbaridad!...

Decía un periódico, escandalizándose...: «Ved, por ejemplo, a la catequista. ¿Quién no la conoce? Abundan los tipos y aun los arquetipos de ella. Uno de estos no se despinta de la imaginación popular. Nos referimos a la señorita que no pudo casarse, que no se hizo monja por milagro y va siendo vieja.»

Pero, mentecato! si hay tantas catequistas jóvenes, y que se casan después de ser catequistas... Si hay tantas señoras dignísimas que se han casado admirablemente y son catequistas...

«Vestirá, prosigue ese ignorante, con descuido y desaliño, y su fervor, lindante con el sectarismo, se convertirá en una gazmoñería capaz de espantar al más valiente, y en odio furibundo a la vida sana normal...»

El que esto escribió puede que tenga vida sana...; pero ¿creen mis lectores que tendrá vida normal?... ¿Creen ustedes que conoce catequistas?...

La vergüenza no está ahí... La vergüenza está en que han desaparecido unas niñas y no ha sido capaz la justicia, sea de quien sea la culpa, de hallar ni vestigio del escotillón por donde se han hundido... La vergüenza está en que no ha sabido otra cosa que coger a una señorita que se dedicaba a hacer bien, a sacar de la inmoralidad a los desgraciados y no ha cado aún con los autores del hecho, sean o no sean criminales... La vergüenza está, si esa señorita catequista es la autora del hecho, que sea ella sola más lista que toda la jauría de sabuesos que se ha echado sobre ella, para convencerla del caso... Y si esa señorita, como parece, no es la autora del hecho, la vergüenza está en que se la haya de tal modo vejado, sin tener presente que semejantes vejaciones para una señora como esa, son cien veces más molestas que otras mayores para otros perdidos, en cuya defensa suelen salir esos mismos periódicos que, como *El Heraldo*, *El Liberal* y otros como ellos hoy la persiguen... La vergüenza está en que, después de decir tantas barbaridades esos periódicos, hayan de quedar impunes. ¿No sabrán los señores abogados o fiscales o personas particulares perseguirlos de injuria y de calumnia para ver lo que resulta?...

(De *El Mensajero del Corazón de Jesús*.)

Limosnas recaudadas, en Octubre de 1924

por la Asociación espiritual de devotos de San José, de España,
para la construcción de su monumental

Templo Expiatorio de la Sagrada Familia

GRACIAS PONTIFICIAS CONCEDIDAS A ESTAS LIMOSNAS

PIO IX	: Su bendición apostólica y 100 días de indulgencias.
LEON XII	: Su bendición apostólica.
PIO X	: Su bendición apostólica y 30 días de indulgencia.
BENEDICTO XV	: Siete años y siete cuarentenas de indulgencia.
PIO XI	: Su bendición apostólica.

*Confusos los nombres y los pueblos forzosamente hemos
de equivocarnos.*

ALICANTE.—Antonia Vives, por haber alcanzado la salud de su hija. 1

ALPENS.—Una devota por un favor recibido. 2

AMPOSTA.—Jaime Arnal. 5

ARANJUEZ.—Rdo. Federico Fernández. 5

ARENYS DE MAR.—Una familia por favores recibidos y otros que espera, 5; Una familia D. para que San José la proteja, 5; Francisco Amigó, 25. 10'25

ARMEJUNTERA.—José Verges. 0'50

ARSEGUEL.—Rdo. Agustín Cosmes Párruco. 5

ARTAZU.—Jesusa Aranguren, 2; Jesusa Andueza, 2. 4

BADALONA.—Josefa Perpiña de Bonet. 1

Barcelona.—*Limosnas mensuales. El importe de las recaudadas va comprendido en la suma de las limosnas conforme a los comprobantes que tenemos a disposición de los señores donantes y suscriptores; pero por su gran extensión, que cada mes se repetiría igual, no las publicamos a fin de que quede mayor espacio para el resto del texto.*

BARCELONA.—Un devoto de la Sagrada Familia, 5.000; Cooperación a las obras de terminación de la fachada en memoria de su hijo Jesús Vilas Damians, 1.000; P. S., 50; P. Mañach, 64'90. D. I. por un favor que publica en la sección, 0'50; Agustín Masalias, 40; M. A. Josefina agradecida, 5; A. P., 10; Un devoto, 1; D. S. 4; D. S. en acción de gracias, 5; R. P. en acción de gracias por un favor recibido, 25; Una devota por muchas gracias alcanzadas, 30; R. S. 3; José Roig Puñet, 5; Matilde Sanchez en acción de gracias y en cumplimiento de promesa por haber recobrado la salud su hija Eugenia, 5; Dolores Robert, 1; Joaquín Dalmau y Fiter y familia, 2'50; Dolores Riudor por su difunto padre, 5; Mauricio Carrió por favores recibidos, 1; F. C. y C. C. implorando la protección de la Sagrada Familia, 2'50; Leopoldo Reverter, 2; Encarnación Surroca y Grau en sufragio de su padre y hermana Mercedes, 6; R. E. por sus difuntos y demás intenciones, 1'40; José Franch, 1; José Corominas Pbro., 1; Ramona Volart Vda. de Permayner a sus intenciones, 1; F. G. implorando la protección de la Sagrada Familia, 1'25; Carmen Dalmau, 10; Un devoto, 5; Ignacio Font, 100; N. Valls, 5; Isidora Perez, 2; Enrique Giral Argemi por la curación de un hijo, 100; Ramón Colom, 50; Rdo. José Casas Pbro., 10; Recogido en los cepillos

de la cripta, 265'27. Total Barcelona 6820'32

BAÑOLAS.—Pedro Surribas. 10

BEARIN.—Pedro Sanz por un favor recibido y otro que espera, 5; Catalina Asteasu por favores recibidos y otros que espera, 25; Una devota, 3. 33

BERGA.—Antonio Florejachs. 2

BERGÚS.—Jaime Garriga, por favores recibidos. 2'50

BONASTRE.—Un devoto Sanabre Rovira, por varios favores recibidos. 10

BURLADAS.—Una devota, por favores recibidos. 2

CÁCERES.—Dionisio Viniégra. 10

CALELLA.—F. L. por gracias alcanzadas, 20; Carmen Norat, 5. 25

CANET DE MAR.—Mariano Serra, 1'50; Concepción Barrecheguren, 1'50; Francisco X. Serra Barrecheguren, 1; Dolores Vinyas de Serra, 1; Concepción Serra Barrecheguren, 1; Mercedes Serra Barrecheguren, 1; Monserrat Serra Barrecheguren, 1. 8

CARDONA.—Una familia, por favores recibidos. 75

CASTELLOTE.—Concepción Plana Santa Pau, 1; Concepción Lara, 0'50. 1'50

CASTRO URDIALES.—Legado de D.ª Luciana Acebal, dos onzas de oro que con el cambio resultan. 233'60

CASSÁ DE LA SELVA.—Sra. Dalmau. 5

CISUR MENOR.—Tomás Idoate, por favores recibidos y otros que espera. 10

COLONIA BONMATI.—Torrás Hostench. 4

CRUILLES.—Jaime Marqués, por un favor recibido, 10; El mismo, por otro que espera, 5. 15

DOSAIGUAS.—Una suscriptora, por la salud de sus hijos, 1; U. matrimonio en acción de gracias, 5. 6

ECA Y.—M. M. 5

ECHALAZ DE EGUES.—Una devota, por favores recibidos. 2

ELIA.—Agustín Equiza, en cumplimiento de promesa, 5; Marta Tirapu, por la salud de su hijo si le conviene, 2. 7

ESPARZA.—Una devota, por favores recibidos y otros que espera, 1; Una devota, por favores recibidos, 1. 2

ESGUIROZ.—B. E., a sus intenciones. 10

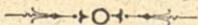
FALSET.—M. D., por un favor recibido. 5

FILIPINAS.—Una devota. 2

FILIPINAS.—M. I. Sr. D. Isidro García, Canónigo. 37

GOSOL.—Francisco Guimet, Pbro.	2	RUGAT.—Patrocinio Crescencio.	2'50
GUERENU.—Recogido en el cepillo de la iglesia y de varios devotos	5'50	SABADELL.—Un devoto, por favores recibidos de la intercesión de la Sagrada Familia y otros que espera de su protección.	20
GURB.—Una familia devota.	13	SALAMANCA.—Maria Lerchundi de P. Cardenal.	1
HABANA.—M. J. de Cárdenas.	50	SALINAS.—Un matrimonio, por favores recibidos.	2
HOSPITALET DE LLOBREGAT.—Por gracias que se desean alcanzar.	2	SALVATIERRA.—Dionisio Preciado e. p. d., 50; Juliana Ibañez, 2'50.	52'50
IBERO.—Una devota, por favores recibidos y otros que espera.	5	SAN BARTOLOMÉ DEL GRAU.—L. R. y familia, por favores recibidos y otros que esperan.	10
IRANETA.—Juan Antonio Lacunza.	1	SAN ESTEBAN SASROVIRAS.—F. S. y esposa.	1
LABIANO.—Simón Larraya, por favores recibidos.	5	SAN HIPÓLITO DE VOLTREGA.—Pilar Farré, 25; Juan Roma, 2.	27
LA GUARDIA.—Una familia muy devota de San José, por varias gracias obtenidas, 9; Dolores Lomba, por una gracia, 1; Luciano García, pidienda una gracia a San José, 5	15	SAN JAIME DE LIERCA.—Ana Estartús, por favores recibidos.	10
LA MORERA.—Isidro Borrás, por favores recibidos, dos donativos.	7	SAN JUAN DE LA CUESTA.—Maximina Fernández.	5
LEON.—Rafael Sánchez.	90	SAN JUAN DE VILASAR.—F. S., 1; S. R., 0'50.	1'50
LERIN.—Wenceslao Alonso, 1; A. G., 1; Manuel Murugarren, 1.	3	SAN LORENZO DE MORUNYS.—Maria Moñell.	3
LUDIENTE.—Legado de D. ^a Josefa Pérez Castillo (q. e. p. d.).	993	SAN MARTIN DE MALDA.—Josefa Ortiz de Bonet.	1
MADRID.—F. S. R., por favores recibidos.	25	SAN MARTIN DE PROVENSALS.—Una devota, 2; Angela Mispoulet, 0'50; Angeia Faure, 0'50; Margarita Alsina, 2.	5
MAGALLÓN.—Bonifacio Albayceta.	0'50	SAN QUIRICO DE BESORA.—Un devoto, 5; Un devoto, 5.	10
MARTORELLAS.—Eulalia Sans, en acción de gracias.	10	SANS.—Francisca Pascual Vda. de Farré, 1; Teresa Pascual, 0'50.	1'50
MASSANAS.—Un devoto, 12'50; Una familia devota, 20.	32'50	STA. COLOMA DE FARNÉS.—Luis Albo Pbro.	2
MATA RÓ.—Una familia devota, 2; José Viladevall y Matheu, 1.	3	STO. TOMÉ DE ZABARCOS.—Mariano López, para que la Sagrada Familia les proteja en un negocio que tienen en proyecto si es conveniente a la salvación de sus almas.	2
MÉLIDA.—Una suscriptora, en cumplimiento de promesa por favores recibidos.	10	SEVA.—Maria Arumí.	25
MIRANDA DE ARGA.—Dolores Banegas, 50 Sierra Alvero, para que San José proteja a su familia, 10.	60	SITJES.—Maria Tort.	5
MOLLET.—Ignacio Vidal	1	TAMARITE DE LITERA.—Celestino Falcó.	3
MOYA.—Eduardo Oller.	1	TARRASA.—M. M., en memoria de su esposa, 1; D. U., 1; Unos devos, 5.	7
N.—Una devota por su curación,	5	TARRAGA.—Una suscriptora.	25
OLOT.—J. Danés, 1; E. Ll., 5	6	USAGRE.—Granada Cámara.	5
OLP.—E. M. de V., por un favor que publica en la sección.	25	VICH.—Maria Font, 1; Familia Urgell, 50; José Clará Pbro., 1; José Raulet, 1.	53
OLVERA.—Carmen de la Rosa.	5	VILLALONGA.—Una devota, en acción de gracias por favores recibidos y otros que espera.	2
ORCOYEN.—Una devota, por favores que espera.	2	VILLAJOYOSA.—Maria López Lloret, 1'50; Vicenta López López, 1; Beatriz Esquerdo Vaello, 0'25; Esperanza Esquerdo Vaello, 0'25.	3
ORRIO.—Una devota a sus intenciones.	1	VILLAVA.—Teófila Pérez, por un favor que desea.	1
OVIEDO.—Maria del Riego, por un favor recibido, 5; Josefa del Riego, 5.	10	VITORIA.—P. T. M., para alcanzar la salud.	10'50
PAMPLONA.—Maria Borrás Vda. de Segarra, por favor que publica en la sección, 5; Paula Moreau, id. 10; Petra Beunza, por favores recibidos, 2; J. M. M., id., 4; Maria Santos Sanmartín, en acción de gracias por haber quedado bien de una operación, 10; La misma por otro favor recibido, 5; Los hermanos Roch, 3; Una devota, a sus intenciones, 5; Otra id. id., 2; M. E., en acción de gracias por haber recibido con todo conocimiento un hermano los Sacramentos, 3; Una devota, por favores recibidos, 5; Otra id., por id. que espera, 10; Una devota, por favores recibidos y otros que espera, 2.	66	ZARAGOZA.—P. S. de Z., 25; Carmen Pina, para que San José la siga protegiendo en todo, 5; Antonia Martínez, a sus intenciones, 5; Cristina Martínez, id., 1; Joaquina Pallarés, id., 2; Angel Sanz, para que la Sagrada Familia les asista en todo a el y a su familia, 45.	83
PARLABA.—Salvio Rohes Vila, por favores recibidos.	1	PROCEDENCIA IGNORADA.—Una devota, por favores que replica en la sección, 7; Una devota, por su curación, 5.	12
PENELLAS.—José Camallonga.	5		
POBLEDA.—Teresa Osso Saragosa, por una feliz operación de un hermano suyo.	2'50		
PRATS DE LLUSANÉS.—J. V., por un favor recibido.	10		
QUINTO.—Mariano Lapuente, 8; Damián Sorrozal, 5.	13		
RIAZA.—Una devota y antigua suscriptora, por favores alcanzados.	25		

Total General: 9265'17 pesetas.



Marrón Glacé

—¿Vendréis el lunes?

—Carolina sonrió y contestó, poniéndose de pie para despedirse:

—Ya veremos... No te doy palabra. ¡Como ando así... un poco malucha!...

Carmen Ceballos, su amiga de toda la vida, su compañera de colegio, la miró con escrutadora fijeza.

—¡Vamos, déjate de preocupaciones... Tú no estás enferma; lo que tú tienes es... otra cosa, un secreto que no me quieres revelar! ¡A que sí!... ¡A que he acertado!...

—¿Un secreto, dices?... ¡Qué tontería! ¡Ya sabes que yo no he tenido nunca secretos para ti!...

—Sin embargo...

—¡Calla, calla, mujer! ¡Qué cosas tienes!... ¿Piensas quizá que estoy enamorada a estilo de novela?

—¿Y por qué no?... ¡La vida es tantas veces toda una novela!... ¡Pero, en fin, no insisto; me doy por convencida!... Quedamos en que vienes el lunes, ¿verdad? Una taza de te... Como de costumbre, sin *detalles*, en la intimidad. ¡Ah, y te encontrarás aquí a Paco Cárdenas, el ilustre doctor, que te ha echado muchísimo de menos! Yo no sé las veces que me ha preguntado: ¿Y Carolina Velmar, qué es de ella? ¿Cómo no se la ve ahora como antes? ¡Ni en paseos, ni en el Ritz la he visto desde hace lo menos dos meses! ¿Qué le pasa a esa muchacha tan agradable y tan bonita?...

Dominando su turbación, Carolina hizo un gesto muy expresivo, e interrumpió con viveza:

—¿Es de veras que ha dicho eso Paco Cárdenas?... ¿De veras?...

—¡Mujer, y tan de veras!... ¿Te choca? ¿Te desagrada su interés?...

—¡Qué disparate, nada de eso! Ha sido... ¡Qué sé yo... que me había parecido todo ella una broma tuya!... ¡No sé por qué!

Las dos miráronse a los ojos y se echaron a reír.

—¡Bueno... hasta el lunes!—dijo Carmen Ceballos—. ¡Sin falta!, ¿eh?...

Carolina, ahora muy alegre, respondió:

—Hasta el lunes...

Paco Cárdenas, el casi muchacho y ya famoso médico, no se había engañado. Carolina Velmar, joven, huérfana y rica, elegante y sociable como pocas mujeres, estaba desde hacía algún tiempo muy retraída, muy lejos de su mundo, de sus amistades y de sus aficiones. Una vaga tristeza se había ido apoderando de ella. Paseaba a la hora del sol, Moncloa adelante, siempre sola y esquivando a la gente... Por la noche se encerraba en su lindo piso de la calle de Columela, rehusando invitaciones, no yendo a ningún sitio. Sus amigas y sus pretendientes, que no eran pocos, comentaban aquel aislamiento, aquel cambio, con una inquieta y maligna curiosidad. ¿Enamorada?... ¿Reveses de fortuna?... ¿Recuerdos de un pasado ignorado?... ¿Qué misterio era aquel?...

Por eso, cuando Carolina se hizo visible en casa de los de Ceballos aquel lunes, su presencia dió lugar a un murmullo y, a muchos cruces de miradas pícaras.

El joven doctor se apresuró a saludar a Carolina, efusivo y galante.

—¡Conste que he venido... por usted!—le dijo ella en voz baja y riendo con suprema coquetería.

—¡Y yo... porque sabía que iba usted a venir!—replicó él más bajito aún...

Con las tazas humeantes en la mano se acercaron los dos a las vidrieras, por donde entraba el oro hecho luz de un sol sin lumbre, que se iba hun-

diendo en unas lejanías de plomo y de marfil... Ni ella ni él despegaron los labios durante un largo rato. Fué él quien primero habló:

—¿Está usted triste, Carolina?...

—¡Cerca de usted, no, doctor! Cerca de usted me siento menos acobardada, más segura...—murmuró ella con una voz temblorosa y acariciante.

El hizo un gesto de sorpresa.

—¿Más segura ha dicho usted? ¿Qué teme usted, a quién tiene usted miedo?...

—¡A morir!—balbució ella estremeciéndose y con los hermosos ojos espantados.

—¡Qué idea, qué locura! ¿Quién piensa en eso a la edad de usted?

—¡La edad..., la edad no es nada cuando el mal existe, cuando la Muerte nos escoge!...

Paco Cárdenas sonrió, arrugando casi imperceptiblemente su entrecejo.

—¡Ea, pues... cuénteme usted, hable usted al médico, que la escucha atento!...

—¿Puedo hablar al doctor... sin que me oiga el hombre?—dijo Carolina, coquetísima siempre.

—¡Sí!—le respondió él, serio y grave.

Entonces le reveló ella su secreto, el misterio de su melancolía, sus noches de insomnio y de disnea, sus atardeceres con fiebre, su lento adelgazar y aquella tos de madrugada, tos dura, seca, sin misericordia....

El doctor, que la estuvo observando más que escuchando, le dijo al fin:

—Todo' eso... no es nada, no significa absolutamente nada! Laxitud pasajera, miedo sobre todo, ¡mucho miedo!... Se pondrá usted bien; no piense usted en cosas tristes... y absurdas. ¿Quiere usted, sin embargo, que yo la reconozca con todo detenimiento? ¡Una mirada de esos ojos, el regalo de esa sonrisa..., he ahí mis honorarios!... ¿Acepta usted?

El hablaba con voz cálida, tierna y respetuosa.

—¡Sea—exclamó Carolina—; me confío a usted, será usted mi guía mi consejero, mi tirano! Y si, como usted dice, ¡mi enfermedad no es grave!...

—¿Grave? ¿Quién piensa en eso?—la interrumpió el doctor.—¡Yo la pondré a usted buena, completamente buena, y será usted la que era antes, y tan feliz y tan dichosa como usted merece serlo!...

—¡Ay... Paco!... ¿Me lo jurá usted?...—exclamó Carolina con arrebatadora vehemencia, en un brutal aferramiento a la esperanza de vivir.

—¡Se lo prometo!... Mañana en mi consulta, de cuatro a seis!

* * *

Carolina, obediente, con sumisión plena, dejábase curar. Las prescripciones y los remedios habían modificado algo su estado; pero aquella mejoría no fué bastante a disipar su tristeza. El le hablaba siempre con una autoridad dulce: ella le escuchaba como a un oráculo, pero un poco confusa, un poco intimidada por aquel tono reservado y aquellos gestos prudentes y fríos...

En una ocasión no pudo menos de decirselo:

—No me parece usted... el de antes! Yo prefería aquellos tiempos en que éramos... amigos nada más!

El médico sonrió, siempre en médico.

—¡Una enferma deja para mí de ser mujer... mientras la curo! ¿Qué pensaría usted, Carolina, de un doctor que, entre dos prescripciones, «piropease», a la cliente?... Más tarde, cuando usted esté restablecida, usted olvidará este gabinete severo, y yo... olvidaré que la he curado. ¡Y entonces... seremos los que fuimos antes!

—¡Cuando yo esté restablecida!... ¿Cuándo será?

Y pasó tiempo, mucho tiempo... Una tarde en que él, cejijunto, la auscultaba, ella le dijo de repente:

—¿Le gusta a usted el «marrón glacé»?

—¡Mucho!...

—Pues aquí tiene usted...

Y al decir esto, Carolina ofreció a Paco Cárdenas un «marrón», ya sin envoltura. El lo cogió, lo miró, dudó, carraspeó... Ella le observaba, anhelante. Por fin, la golosina... fué a parar con disimulo a uno de los bolsillos del médico.

—¿Qué tiene usted, qué le pasa a usted?...—exclamó el doctor al volver la cabeza.

—¡Ya... nada!... Un poco de mareo... los nervios!

—Indudablemente, eso ha sido nervioso... ¡Qué exquisito el «marrón glacé!»

Carolina, al salir, tomó un coche, y al llegar a su domicilio se dispuso para salir de viaje.

Antes de marchar a la estación, convulsa y sollozando, escribió estas líneas:

«Doctor Cárdenas.

»Mi buen amigo: Su ciencia es infalible. Para que usted haya rehusado con toda delicadeza mi «marrón glacé» es que mi enfermedad... no perdona. Era un experimento que yo misma me ideé para salir de dudas. ¡Ahora ya sé cuál es la suerte que me espera, y a semejanza de esos pobres animalitos domésticos que se alejan de su casa cuando se sienten heridos de muerte, yo me voy lejos ¡muy, lejos! a morirme sola, en un ignorado y oscuro rincón... ¡Sin quererlo, sin saberlo, usted me ha advertido que ésta es la hora trágica en que la muerte, besándome, ha exclamado. ¡Esta es para mí! ¡Gracias, muchas gracias, doctor!...»

CURRO VARGAS.

(De *Mis mejores cuentos.*)

EL NIDO DE CIGÜEÑAS

(CONTINUACIÓN)

Por error de compaginación en el PRO-
PAGADOR del número pasado, dése por
nula la novela que allí se publicó.

—»Muy bien venido seáis, mi buen señor—dijo la baronesa, arrojándose en sus brazos—; sin la divina Providencia, no os hubiéramos vuelto a ver nunca. Los Steffensels han intentado esta noche asaltar el castillo; todo dormía aquí, y acaso nos hubieran sorprendido, cuando vino una cigüeña a dar picotazos en las vidrieras donde dormía el senescal; éste, despertando con el ruido, se levantó, miró al patio, y vió el enemigo escalando ya las fortificaciones; en seguida lanzó el grito de alarma, nuestras gentes acudieron, y ya veis la carnicería que han hecho en el enemigo.

»Todavía seguía hablando, cuando el barón levantó la cabeza, y vió una cigüeña blanca con la cabeza negra que se había colocado en el mismo sitio en que están las dos que han venido hoy; entonces contó lo que le había sucedido, y todo el mundo vió el dedo de Dios en esa milagrosa aventura. Roberto envió una lámpara de plata a la Virgen, y desde aquel momento las cigüeñas han protegido siempre al Steinberg.

»En memoria de este acontecimiento, los barones de Steinberg adoptaron por escudo de armas «una cigüeña de plata en campo azul», y podría citaros una porción de predicciones relativas a la familia, en las cuales se ve que

la suerte de esta casa se halla unida por un lazo misterioso a la aparición o desaparición de las cigüeñas... Pero—añadió la anciana meneando tristemente la cabeza—, la juventud es incrédula y burlona; no daríais crédito ninguno a esas inexplicables influencias...»

—¡Y por qué no, mi buena Magdalena!—replicó Frantz, cuyo pálido rostro se hallaba iluminado con una sonrisa—; yo ereo en la cigüeña de la pluma negra que habló al barón Roberto el Pajarero, como ereo en las *cigüeñas de Ibico*, cuya historia nos han dejado Herodoto y Schiller.

El pensamiento del estudiante envolvía demasiada sutileza para que pudiera ser comprendido de Magdalena. Sin embargo, la anciana conoció que Frantz no era completamente de su opinión con respecto a la leyenda del barón Roberto el Pajarero.

—¡Silencio!—interrumpió de repente Whilemina extendiendo la mano hacia el campo;—he oído ruido en la hondonada... ¿Quién puede venir a estas horas?

—¿Qué nos importa?—dijo Frantz con el egoísmo de la felicidad.

Sin embargo, los tres callaron, y salieron a ver lo que era por el pretil de la torre. Oíanse distintamente las pisadas de dos caballos que resonaban por el camino en medio de la calma de la noche. Bien pronto llegaron a descubrirse los jinetes a la falda de la roca en un sitio en que el camino se dividía en dos ramales, uno para subir al castillo y otro para ir en dehechura a la aldea de pescadores de que hemos hablado. Los dos viajeros se detuvieron un instante en la encrucijada, y después de haber cambiado entre sí algunas palabras, uno de ellos se dirigió a la aldea, y el otro se puso a subir, tan de prisa como se lo permitía su caballo, la rápida cuesta del Steinberg.

Whilemina empalideció de súbito.

—¡Es mi hermano!—murmuró con espanto.

—¡Sí, es el señor barón!—repuso Magdalena temblando—; huid, señor Frantz, huid: ¿qué diría si os encontrara aquí?

—¿No tengo derecho para esperarle?—replicó Frantz con acento orgulloso—; pero ¿estáis ciertas que es el señor barón del Steinberg?

—Le he conocido en el paso de su caballo, y además su traje no puede dejar la menor duda.

VII

En efecto, a la claridad de la luna que se alzaba en aquel momento, se descurría el uniforme bordado y lleno de galones que llevaban entonces las tropas prusianas. Whilemina se había quedado petrificada; Frantz sentía temblar la mano de la joven entre las suyas.

—Tranquilizaos, querida Whilemina—la dijo con acento afectuoso;— si es el barón de Steinberg, no creáis que lo siento... Nos explicaremos al instante; le diré la verdad y sabré al fin si pretende oponerse...

—No, no, no es así como debe saber las faltas que he cometido en su ausencia—interrumpió la joven angustiada;—dejadme que tenga tiempo para prevenirle, para prepararle a recibir esta noticia... Que no os vea en este momento... ¡Oh! por piedad, marchaos...

—Ya no es tiempo—dijo Frantz aplicando el oído;—me encontraría, al salir, con él sin remedio ninguno.

En efecto, el jinete había penetrado en el patio que hacía de jardín, y al punto se le oyó vocear con impaciencia. Fritz Reutner corrió a él muy asustado; el viajero le arrojó las bridas de su caballo y penetró en el castillo.

—¡Dios mío! ¡Si viene aquí!—murmuró Whilemina!

(Seguirá)

1925

CALENDARIO JOSEFINO

A 35 CÉNTIMOS UNO Y 3'50 PTAS. DOCENA

BLOCKS

RELIGIOSOS

	<u>PTAS.</u>
Con la estampa del Santo del día	2'00
Corazón Jesús (pequeño)	0'40
Id. id. (grande)	2'00
Corazón María	0'50
Ntra. Señora Rosario	0'55
María Auxiliadora	0'50
LA Milagrosa	0'50
¡Almas! (Misiones)	2'00

Para niño

Infantil	0'30
Bebé	0'25

Comercio

Grandes	1'65
Mediano	0'80
Común.	0'40
Block bufete	2'20

En Catalá

Cor Jesús.	0'50
Catalá	0'50
Manelic (Durán).	0'60
id. gran.	1'75
id. (Bonavia)	0'60
id. (id.) gran.	1'80

CALENDARIOS EN HOJAS

Mensual (bicolor)	0'65, 1'00
Semanal	1'00

Calendaris en fulls en Catalá

Mensual	0'80
Semanal	1'25

Almanagues

PTAS.

Conferencias de S. Vicente Paúl	0'40
Carmelitano Teresiano.	0'75
Misiones Fernando Póo	1'00
Ermitaño.	0'30
Católico	0'10
Montserrat	0'10
Principado de Cataluña	0'10
Zaragozano	1'00
Bailly Bailliére	2'00
Id. id. enc.	2'50
Id. id. piel.	5'00
De la Madre de Familia.	3'00

En catalá

Sant Isidro (Institut Agricol)	0'50
Mariá Benedicti	0'60
Calendari del Cristiá	0'40
Ermítá.	0'25
Pagesos	0'20
Agenda del Cristiá	0'20
Calendari cuina	0'15

Agendas de bolsillo

12 meses, con estuche	10'50
Varios modelos 1925, 1'50, 2, y 2'50	
Perpetua.	0'75, 1'25, 2, 2'50 y 3
Agenda butxaca, en catalá	2'00

Agendas bufete

Perpetua (2 días en cada página)	5'00
Perpetua (1 pág. por día)	3'50
1925 (2 días en cada pg.) 2'75 y 4'65	
Diario de Barcelona (id.) 2'75 y 4'40	
Agenda bufete (id.)	2'50
1925 (1 día por pág.)	4'25 y 8
Diario Barcelona (id.) 4'25 y 5'60	
Agenda bufete (id. id.)	4, 5 y 7
Memorandum cuenta diaria.	4 y 5
Manual	4'50
Agenda culinaria.	4'50

En catalá

Dietari catalá (2 dies per p.)	3'00
Id. id. (1 id. id.)	4'00
Id. Durán (1 dia per p.)	4'00
Id. id. (2 » » »)	2'70

Interesa a Vd.:

El renovar los millares de suscripciones de EL PROPAGADOR es cosa de mucho trabajo. Por esto agradeceremos se nos haga la caridad de ir ya avisando que desean continuar la suscripción.

La suscripción se paga por adelantado.

Con claridad dése de cada suscriptor el nombre, apellido y residencia. Lo mejor es mandarnos una de las fajitas con que recibe EL PROPAGADOR, porque en ella va el número de cada suscriptor.

Si el suscriptor cambia de residencia diga la anterior. Al remitírsenos suscripciones nuevas, adviértasenos que lo son.

El modo más sencillo, rápido, seguro y económico de remitirnos dinero es por medio del Giro postal; al imponerlo hágase constar el nombre y la residencia del remitente. No se nos envíe el resguardo para que con él pueda reclamar el remitente, si procede. En cambio, escríbase que se ha impuesto el Giro postal, su valor y a qué aplicarlo.

Toda suscripción empieza en enero. Al que se suscriba después le serán enviados los números publicados. Si alguno de éstos estuviese agotado dejará de recibirlo, sin derecho a reclamación ni indemnización.

Es muy laudable poner la suscripción a nombre de niños, porque toman el boletín como cosa propia y se aficionan a tan cristiana lectura.

Rigiéndose la Administración por reglas fijas de general aplicación, es imposible hacer excepciones en casos particulares, por lo que rogamos a todos se atengan a estas instrucciones, sin tomar por molestia el no poder complacerles en casos particulares.

El Calendario Josefino para 1925

Con este PROPAGADOR nuestros suscriptores recibirán el obsequio Calendario para 1925.

Los señores corresponsales que reciben paquete de cinco o más números lo recibirán en paquete aparte, certificado, para asegurarnos de que lo reciban.

No sólo publica el completísimo santoral sino también escritos josefinos y otros de amena literatura. La indicación de cuándo empiezan las devociones en honor de San José avalora aún más el texto.

¡Qué ocasión tan propicia para lograr nuevos hogares para San José!

Lo módico del precio, lo artístico de la presentación, la exclusión de todo anuncio, lo hacen singularmente útil para el propagandista josefino. Bien lo saben éstos, y lo demuestran con los pedidos que hacen. ¿Por qué no podemos probarlo todos?